

*Don Quijote* y los caminos de la libertad

Dr. Louis Imperiale

University of Missouri-Kansas City

En esta época de turbulencias y perturbaciones de todo orden me interesa reflexionar sobre el tema de la libertad. La libertad del individuo, la libertad de expresión, la libertad de conciencia, la libertad de confesión, la libertad de prensa, la libertad de reunión y asociación, menciono aquí, en estas primeras líneas, algunas manifestaciones de este tema fundamental en la historia reciente de la humanidad. Libertad, término dispar, plural, diverso, universal con resonancias complicadas. Así reza la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano de 1789 (Déclaration des Droits de l'Homme et du Citoyen de 1789): “Article 1er. Les hommes naissent et demeurent libres et égaux en droits”. Asimismo podemos citar la Declaración Universal de Derechos Humanos: “Artículo 1. Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.” Este concepto también implica la libertad como responsabilidad de controlar nuestras emociones, nuestros deseos, nuestras pulsaciones y nuestros instintos. Desde luego, no olvidaremos lo que estipula la Constitución de los Estados Unidos de América: “[to] promote the general Welfare, and secure the Blessings of Liberty to ourselves and our Posterity”. Para concluir con esta breve introducción podría referirme a Mario Vargas Llosa quien escribe que:

Los Gobiernos deben fijarse como objetivo garantizar la libertad y la justicia, la educación y la salud, crear igualdad de oportunidades, movilidad social, reducir al mínimo la corrupción, pero no inmiscuirse en temas como la felicidad, la vocación, el amor, la salvación o las creencias, que pertenecen al dominio de lo privado y en los que se manifiesta la dichosa diversidad humana. (*El País*, 22 de febrero de 2015)

En el capítulo 58 de la Segunda Parte del Quijote, el caballero manchego pronuncia su discurso sobre la libertad, me limitaré a recordar unas breves líneas: “La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.”

En la presentación de hoy exploro dos partes del concepto tomando como base el texto cervantino: La libertad de don Quijote; y La Libertad en *El Quijote*. La primera vertiente nos lleva a interrogarnos: ¿de dónde se evade don Quijote? ¿De qué se libera nuestro caballero manchego? No podemos hablar de la libertad de don Quijote sin aludir a su prisión o cautiverio. La segunda, en cambio, pone de relieve el concepto de libertad en algunos episodios de la obra para descubrir, en última instancia, los singulares mecanismos de la novela moderna.

Cuando empieza la novela, Alonso Quijano, el futuro don Quijote, no sabe de dónde viene, es privado de padre y madre. El autor/narrador/padrastro ignora el nombre del pueblo de su hijo imaginario, es un niño abandonado, pero un niño bastante adulto porque debe tener la edad de su padrastro, alrededor de 53 años. Se llama Quijada, Quesada (pastel de queso), Quijana, alcanza los cincuenta años cuando la lectura de novelas de caballería lo lleva a la locura. Enloquece porque se pasa “las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio,” enuncia el narrador. La falta de sueño reseca el cerebro de nuestro caballero. Quijano tiene humores secos y calientes, está predispuesto a la melancolía. Su adicción a la lectura lo llevará, ya se sabe, a la demencia. En este caso este hidalgo decide libre y deliberadamente resucitar e imitar a la caballería andante, una institución que sólo ha existido en el plano de la imaginación

libresca en un mundo que la ignora totalmente y que es gobernado por las leyes de la historia y de un mercado económico, burgués, de tipo pre-capitalista.

Alonso Quijano se aburre, eso es un hecho. Nuestro hidalgo manchego no es pobre, posee propiedades, libros, armas, es escudero de su estado, tiene un ama de casa, un criado, un rocín y un lebrél para la caza. Vive con su sobrina. Viste con ropa fina, se alimenta bien, pero el menú se repite cada semana. Ni qué decir tiene, el hidalgo no hace nada y no le ocurre nunca nada. A los 50 años Alonso Quijano lee libros que forman parte de una literatura de evasión: las novelas de caballería, únicos medios de redimir el pasado glorioso de una nobleza, joven, ideal, activa, luchadora y conquistadora. Desde luego, en ese principio del siglo XVII esos atributos ya no existen. Al temperamento melancólico de don Quijote se asocia el calor de su imaginación para convertirlo en un ser colérico, impulsivo, valiente, revitalizado de alguna manera. En su delirio, este individuo mira el mundo mediante el filtro de sus lecturas, pero también es sensato, razonable, generoso, astuto, pragmático cuando quiere. Su locura es intermitente, emergen intervalos de lucidez que lo llevan a identificarse con don Diego de Miranda, el perfecto Caballero del Verde Gabán, de la II parte. Nuestro caballero tiene una fe inquebrantable en la moral caballescica, dispone de un sistema de explicación del mundo y afirma que algunos magos-encantadores lo persiguen y lo maltratan, el más sutil de estos encantadores podría ser su padrastro, el mismo Cervantes, quien lo somete a una serie de experimentos sobre la libertad.

Los primeros pasos en libertad de don Quijote son jubilosos, una vez tomada su decisión de convertirse en caballero andante, hace lo necesario para convertir su deseo en realidad, como si fuera un segundo génesis: siete días para limpiar sus armas y remendar un casco, pero los 7 días de su creación se multiplican y pierden prestigio y solemnidad. Necesita 4 días más para nombrar su caballo Rocinante, 8 más para buscarse un nombre de guerrero, don Quijote y no se

sabe cuántos días necesitó para encontrar el nombre de su dulce, etérea y encantadora Dulcinea. Alonso Quijano parte de la existencia, la desvía, la altera, la supera, la moldea, la transfigura según su placer como el niño o el adulto que juega, el artista o el novelista que crea su mundo de fantasía. Pronto el mundo material se resiste y don Quijote experimenta la dura realidad de la ficción. Su primera salida es sumamente alegre, se marcha por la puerta de atrás como el alma mística de San Juan de la Cruz que se encuentra con la divinidad. Una salida que es su fuga de la prisión cotidiana y que se va a repetir idéntica el mismo día canicular de julio en la segunda parte de la obra. El primer acto de caballero andante consiste en entregar su libertad al placer de Rocinante, ya que toma la ruta escogida por el caballo. Los primeros pasos son poco motivantes, camina horas y horas sin encontrar nada digno de ser contado. Al final del día está cansado y no sabe dónde ir. El sueño de gloria desvanece y su libertad no lo lleva a ninguna parte.

De repente, su prodigiosa memoria le recuerda que no ha sido armado caballero y que en los libros se estipulaba que cualquier hombre podía armarlo. Cervantes no pone en el camino de su héroe un castillo o un aprisco, sino una venta, escenario digno de las mejores novelas picarescas. En la entrada se encuentran dos personajes femeninos a quien don Quijote denomina “princesas” y un ventero astuto y culto, el cual le prodiga una serie de consejos, entre otros el que necesita de un escudero. La libertad de don Quijote es contagiosa, activa la del ventero bromista quien entra en el mundo del caballero renunciando a todo dinero ya que sabe que los caballeros andantes no llevan dinero. Se deslinda y perfila el mundo de los picaros, más libre pero menos atractivo que el universo ideal de don Quijote. El nuevo estado de don Quijote lo absuelve de todo deber socio-económico. El contacto con la ficción caballerescas lo rejuvenece y le da más esperanza y deseo de seguir con su locura. Cervantes deja actuar libremente a sus personajes dando la impresión de que son verdaderas personas, verdaderas conciencias humanas.

El poeta alcalaíno alcanzó espléndidamente su objetivo. También dejó a sus personajes la libertad de criticar al historiador o autor de sus hazañas, es decir el novelista mismo.

Ya lo sabemos, en la segunda parte de la novela, don Quijote encuentra personajes que han leído la primera parte y que lo reconocen como hombre real y personaje de ficción. Don Quijote no ha leído el libro de sus propias aventuras, pero no tiene que hacerlo ya que es él de carne y hueso. En esta segunda parte de la novela, publicada diez años después, el primer volumen entra dentro del segundo, y los dos protagonistas se enteran de que sus aventuras han sido entregadas, recogidas y narradas en un volumen anterior. Este libro ha circulado ampliamente y se ha sido leído por toda clase de lectores, jóvenes y viejos, nobles y pecheros tras haber sido impreso en Portugal, Barcelona y Valencia. Don Quijote aprecia esta fama adquirida durante su vida. Critica algunos excesos narrativos de la primera parte. Nos enteramos de que algunos lectores hubieran preferido que se silenciaran varios pasajes en los cuales se dan unos cuantos golpes a los dos protagonistas manchegos. Otro defecto que se le reprocha es la presencia de una novela interpolada, “El curioso impertinente”. Don Quijote observa que hubiera sido más pertinente hablar de sus aventuras y hechos de armas en vez de contar las futilidades del curioso impertinente. En ese momento afloran los defectos, incoherencias, olvidos y negligencias de la primera parte pero los dos personajes explican, justifican y corrigen lo que había ocurrido en cuanto a personajes de la obra se refiere. O sea que toman una cierta distancia, perspectiva, libertad con el mundo de la ficción en una deconstrucción textual. Encontramos algo totalmente innovador en estas escenas ya que Cervantes transforma en materia novelesca cuestiones de crítica literaria y de sociología de la lectura, así como el estatuto de la ficción o de la historia.

Convertido en persona, don Quijote toma los escritos novelescos por obras historiográficas, está persuadido de que la narración de su vida cuenta historias verdaderas y proclama con determinación que sus aventuras pertenecen a la historia y no a la ficción. Se sorprende de las incoherencias de su historiador y de sus comentarios, necesarios para entender el libro, leído por todo el mundo y no necesita las muchas páginas escritas acerca de las novelas de caballería para justificar y fundamentar sus acciones. Notamos claramente un intervalo de autonomía entre el creador y el personaje creado. En la continuación de 1615, don Quijote se convierte en el crítico de su biógrafo mientras que en la primera parte acusaba a los encantadores indiscretos y desagradables. El Caballero de los Leones se entera de que el autor de la obra, Cide Hamete Benengeli es moro, y no sabe si éste dice la verdad o miente ya que los moros tienen fama de ser embusteros. Deja al perplejo lector la tarea de decidir.

La libertad de don Quijote/personaje es tan insólita que en la cueva de Montesinos es tan absoluta que nadie puede determinar si lo que cuenta es verdadero o falso. Don Quijote decide visitar la famosa cueva y prepara con mucho cuidado su exploración. Consigue una soga y se lamenta de no haber conseguido una campanita que pudiera sonar con cada movimiento. Como la entrada de la cueva estaba llena de arbustos, zarza y maleza, don Quijote debe abrirse camino con su espada. Al bajar por la inmensa cueva, la voz del caballero se pierde en la profundidad de la tierra. Sancho y acompañantes deciden esperar media hora. Luego, suben a don Quijote totalmente dormido y tienen que sacudirlo un buen rato antes de que se despierte. Este sueño liberador sirve de prólogo al héroe para que narre su visión. Se encontró en una maravillosa pradera, con un castillo de cristal del cual vio salir al viejo caballero Montesinos, encantado por Merlín, quien lo recibe con mucha simpatía y ansiedad porque solamente el Caballero de la Triste Figura puede desencantarlo. Montesinos comenta sus aventuras provenientes del

romancero y de la gesta carolingia. Según su propia narración, nuestro caballero encuentra a Dulcinea bajo las apariencias de la campesina que Sancho, haciendo uso de la ficción, le había descrito durante la visita del Toboso. La criada de la amada pide a don Quijote que le preste media docena de reales. Notamos que el caballero manchego no sabe mentir y afirma que se quedó tres días en la cueva, mientras sus compañeros le confirman que se quedaron esperándolo solamente media hora antes de sacarlo. El lector se pregunta: ¿Don Quijote ha sido encantado o ha soñado? ¿No soñó esta visión que a él sólo pertenece? Nadie puede determinar si él vio algo o quedó totalmente dormido.

En el episodio de la cueva de Montesinos se evidencia la verdad del destino del personaje literario. Nunca va a morir en los libros, sin embargo, transformado en persona va a someterse a las leyes de la biología humana: va a envejecer sin nunca morir. Semejante condición provoca en don Quijote una evidente angustia existencial: ¿Quién soy yo? Un hombre de carne y hueso o únicamente una construcción verbal, un personaje de papel, creado con “palabras”.

Paulatinamente, nos damos cuenta de que don Quijote sale de la libertad que le concede su locura para abordar la que le ofrece su razón pero por esto debe alcanzar las fronteras de la libertad de su locura. Ni qué decir tiene que el resultado global de las aventuras de don Quijote como justiciero es catastrófico tanto para los demás como para él mismo. Este resultado es la esencia de la libertad del caballero manchego. Vamos a enumerar los hechos: hiere a dos arrieros en su primera noche en la venta (I:2); lo apedrean en dicha venta que él transfigura en castillo (I:3); agrava el destino del pastor Andrés que él quería socorrer (I:3 y 31); un criado de los mercaderes de Toledo lo apalea abundantemente (I:4); tiene una mala caída a raíz de la aventura de los molinos (I:8); agrede a dos monjes benedictinos cuyo criado propina a don Quijote múltiples golpes (I:8); pelea con un vizcaíno a quien don Quijote deja malherido (I:8); hiere a un

arriero yangüés cuyos compañeros apalean a don Quijote a su vez (I:15); recibe unas cuantas puñadas del amante de Maritornes (I:16); fracasa en ayudar a su escudero, quien es manteado por unos farsantes (I:17); asalta un rebaño de ovejas provocando el furor de los pastores (I:18); es malherido por un arquero de la Santa Hermandad (I:22).

La causa de esta violencia, según sus enemigos, estriba en la agresividad gratuita e injustificada del caballero. Las víctimas de don Quijote no entienden nada de lo que les pide. Se burlan de él o, menos pacientes, más impertinentes y crueles, son los primeros en agredirlo físicamente. La terrible lección del libro de Cervantes desemboca en una doble crítica y doble sanción: crítica y sanción de la aplicación al pie de la letra de don Quijote quien no toma en cuenta las reglas y leyes del mundo real obviando el contexto, las especificaciones y las diferencias. Crítica y sanción de la selección ciega de los hechos que obedecen a un código social preestablecido de interpretación, de convenciones, de leyes de convivencia. Existen convenciones sociales que don Quijote se salta a la torera, llevándolo inexorablemente a encararse con la dura realidad de la ficción. En este caso, las desventuras y desgracias de don Quijote, así como el uso que hace de su libertad, anticipan, en una visión invertida de tipo novelesco, paródico y cómico, la necesaria tabula rasa que inaugura, décadas más tarde, el libre ejercicio del entendimiento y de la razón. La locura de don Quijote y los límites de su libertad es también su prisión. Las paredes de esa prisión son precisamente las trampas que le pone el narrador de sus hazañas. Con todo, don Quijote es uno de los personajes novelescos que goza de una autonomía estupenda, libertaria, presentando una conciencia individual crítica, sin embargo a causa de esa misma libertad él es uno de los personajes más engañado de la literatura europea, dentro de ese radio de acción que le dejan la locura y la razón.



Lo engañan dos nubes de polvo, las cuales sobre una extensión desértica arremeten velozmente una contra otra. Lo engañan dos siluetas encima de dos dromedarios. Lo engañan los brazos de unos gigantes que el viento activa. Lo engaña algo que brilla sobre la cabeza de un individuo quien cabalga sobre un animal indefinible. Engañado por los propósitos de la caballería andante de un ventero pícaro y socarrón del cual no adivina las palabras insidiosas y burlonas. Lo engañan su narrador, sus amigos, el cura y el barbero, las apariencias, los hechos, el lenguaje. Ante lo insólito, lo incomprensible y lo indignante, don Quijote posee un recurso y un arma, esa herramienta la constituye la libertad de encerrarse en la prisión de su sistema de explicación del mundo. Es lo que hace en dos ocasiones en la Primera Parte, pero esas dos veces la libertad que toma de presentarse como el campeón de la justicia tiene resonancias no acordes con la realidad. Abordemos ahora la segunda vertiente de nuestro análisis y tratemos de entender cómo Cervantes elabora su concepto de libertad en *El Quijote*.

El episodio del mancebo Andrés (I: 3) se presenta como su primera aventura cuando todavía no ha contratado a Sancho. Antes de enterarse de los detalles de los hechos, don Quijote decide que se trata de una aventura de caballerías. Ya sabemos lo que ocurre al pobre Andrés, pastor de 15 años, castigado por Juan Haldudo, su amo campesino. Don Quijote obliga al amo a explicarse y éste le menciona que el muchacho descuida los rebaños, Andrés, en cambio, alega que su amo no le paga ningún sueldo. Pensando que Juan Haldudo es un caballero andante, don Quijote le pide su palabra de honor que va a liberar a Andrés y entregarle el dinero que le debe. Andrés le suplica a don Quijote que no lo abandone. Todos conocemos la conclusión dramática: el campesino se venga y le propina más golpes al pobre pastorcito dejándolo más muerto que vivo. Recordarán que en el capítulo 31, Andrés reaparece y cuenta el final de su desgracia, maldiciendo a don Quijote y suplicándole que la próxima vez lo deje tranquilo y no lo libere

aunque lo vea hecho pedazos. La libertad del joven pastor tenía sus contingencias y reparos. No basta vivir con buenas intenciones, es importantes medir el alcance de nuestros ideales. Por cierto, la lectura que don Quijote hace de la realidad lo lleva a consecuencias catastróficas. Tomaremos como botón de muestra la liberación de los galeotes ocurrida en el capítulo 22 de la primera parte: “De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir (I-2). No sabemos si el título es o no es irónico. Don Quijote, auto-proclamándose caballero libertador se responsabiliza por la libertad de esos galeotes.

Ya conocemos el episodio. Don Quijote se encuentra en la trampa del lenguaje ya que Sancho le dice que el rey obliga (fuerza) a sus súbditos a las galeras. No entiende cómo el rey, quien garantiza la libertad de cada hombre, pueda hacer tal cosa. El caballero no toma en consideración ninguna explicación ni argumentos de los guardias y pregunta directamente a los condenados. Estos se enorgullecen de sus fechorías minimizándolas y acusando al juez y el funcionamiento desigual de la justicia. Además, don Quijote pronuncia un espléndido discurso a favor del meretricio y de los alcahuetes quienes obran por el bien de la república. No comprende la actitud represiva de los guardias, tampoco entiende cómo se puede tratar como esclavos a unos hombres libres. A raíz de esta profesión de fe libertaria, don Quijote ordena a los guardias liberar a los galeotes. Se crea una trifulca, los guardias huyen y Sancho se queda muy asombrado: no es buena señal que ataque a la justicia real y que se burle de ella. Don Quijote libera a los condenados y exige que vayan a inclinarse ante Dulcinea para dar testimonio de la hazaña de su valiente caballero sirviente. Como malagradecidos notorios, los prisioneros se rebelan y terminan apedreando al caballero y al escudero, les roban y desaparecen. Con estas dos “quijotadas” don Quijote acaba de inventarse un papel y un personaje. Es don Quijote, un personaje egoísta,

dotado de espíritu de sacrificio como lo definen Marx y Engels, es un mediador indiscreto e intempestivo que quiere hacer el bien sin que nadie se lo pida.

Con todo, el ideal de libertad y justicia que ha animado esta dos desafortunadas iniciativas obsesiona a muchos críticos y toca unas cuantas cuestiones de actualidad: la legislación de la infancia, la legislación criminal tocante a los menores, la evaluación de los delitos y la adaptación de las penas en función de su gravedad, asimismo sobre un plan político, el derecho de injerencia sobre mediaciones, asistencia a personas o grupos en peligro. Todas estas preguntas inauguran el regreso del justiciero solitario y poderoso, es decir de un don Quijote triunfante y no miserablemente derrotado, como pareciera derrotarlo constantemente su autor Cervantes.

En el episodio del retablo de Maese Pedro, el titerero, don Quijote, espectador cándido e inocente libera a unas marionetas y se transforma en un triunfador de la justicia. Se venga sin saberlo del galeote Ginés de Pasamonte que él había liberado. Don Quijote constata que ha sido víctima de un encantador, en este caso se trata de la magia de la ilusión cómica. Creyó en esa pseudo-realidad y reembolsa al titerero del desastre que ha causado.

—... Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que a mí me pareció todo lo que aquí ha pasado que pasaba al pie de la letra: que Melisendra era Melisendra, don Gaiferos don Gaiferos, Marsilio Marsilio, y Carlomagno Carlomagno. Por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesión de caballero andante quise dar ayuda y favor a los que huían, y con este buen propósito hice lo que habéis visto: si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen... (II: 26)

La libertad es el tema de la historia representada por los títeres. Se nota la sanción pospuesta al galeote, en su primera parte del libro. La literatura ha invadido el mundo gracias a don Quijote. En el teatro como en el palacio de los duques, nace el universo que el caballero ha imaginado en la primera parte de la novela. Notaremos que en la II parte, don Quijote, puesto en la libertad de

sus deseos, no debe transformar la realidad, él vive ahora en un mundo de caballeros andantes. Sabe también cómo aplicar el espíritu e ideología generosa y desinteresada del código caballeresco. Nos toca comentar sobre la libertad de don Quijote ante el amor, la locura y la crítica de la locura. Los capítulos 12-13-14 de la primera parte se dedican a la historia de Marcela y Grisóstomo. En el caso de la pastora, la mujer queda libre de escoger al amado o de quedar en la soledad, manteniendo su autonomía. Don Quijote impide que nadie la moleste. Oigamos lo que dice Marcela:

Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso a amar a quien le ama; y más que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir quiérote por hermosa, hazme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas las hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas sin saber en cuál habían de parar, porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habían de ser los deseos; y según yo he oído decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. (I: 14)

En las bodas de Camacho, Quiteria se va a casar con este rico campesino, pero en realidad ama a Basilio. Éste se presenta el día de las bodas y fingiendo estar en sus últimos momentos pide a Camacho que lo deje casarse con Quiteria antes de morir. El novio oficial acepta, de repente Basilio resucita y se queda con Quiteria. Camacho se considera burlado, pero don Quijote interviene alegando que lo que Dios ha unido no lo separe el hombre.

—Teneos, señores, teneos, que no es razón toméis venganza de los agravios que el amor nos hace, y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardid y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonor de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa y favorable disposición de los cielos. (II: 21)

En su relación con la amada Dulcinea, don Quijote afirma amar a Dulcinea, y le confiesa a Sancho que se trata de Aldonza Lorenzo, una labradora que ha visto cuatro veces en su vida, hija de Tomás Corchuelo y Aldonza Nogales. Sancho replica que no lo puede creer, Aldonza es una mujer sin belleza, de mal aspecto y apariencia desagradable. Elabora un cuadro poco encomiástico de la pobre Dulcinea:

—Bien la conozco —dijo Sancho—, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante o por andar que la tuviere por señora! ¡Oh hideputa, qué rejo que tiene, y qué voz! [...] Y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: con todos se burla y de todo hace mueca y donaire. (I: 25)

La réplica de Sancho lleva a su amo a contar un chiste picante, poco decoroso, acerca de la viuda desenfadada que se enamoró de un mozo tosco y enjuto. Oigamos el diálogo entre el fraile mayor y la dama:

“Maravillado estoy, señora, [...] de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir: Este quiero, aqueste no quiero”. Mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: «Vuestra merced, señor mío, está muy engañado y piensa muy a lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece; pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y más que Aristóteles». (I: 25)

Lo que lleva a Don Quijote a explicar que en sus obras los escritores “alaban damas... se las fingen por dar sujeto a sus versos y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo” (I: 25). Tengo dos ejemplos más que voy a mencionar de pasada sin entrar en los detalles ya que estoy trabajando en ellos, se trata del episodio del Caballero del Verde Gabán y del caso del morisco Ricote. Entiendo que son fundamentales y muy de actualidad ya que en el primer ejemplo se alude a la educación de los hijos al darles la oportunidad (¿la libertad?) de escoger su propia vía en función de su sensibilidad, sus

predisposiciones naturales, de sus gustos y facultades intelectuales. Con mucha sensatez don Quijote aconseja a don Diego de Miranda afirmando:

... en lo de forzarles [los hijos] que estudien esta o aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso, y cuando se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dio el cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia a que más le vieren inclinado. (II: 16)

El destino de Ricote fue más dramático y cruel. Según la historia oficial: los moriscos eran los mudéjares, (musulmanes que vivían en territorio cristiano en la Edad Media) oficialmente convertidos al cristianismo. No se asimilaron al resto de la población española ni en Granada, a raíz de las guerras de 1500-1502 en que los Reyes Católicos les dieron la alternativa de convertirse o emigrar, ni en Valencia en la guerra de las Germanías. Felipe II, ante el temor de que se organizase una confrontación interior musulmana, organizó una fuerte represión religiosa. Los moriscos granadinos iniciaron una sublevación en la Alpujarras. Terminó con ella don Juan de Austria, el rey ordenó entonces que los dispersaran por distintos puntos de España. En 1609 se ordenó su expulsión de Valencia por el rey Felipe III, a cuyo frente del gobierno estaba el duque de Lerma. Esta expulsión se extendió en 1610 a Aragón y a Castilla. En total salieron de España más de trescientos mil personas. Esto supuso el comienzo de la decadencia agrícola del país. Obligado al destierro, Ricote abandonó su casa y fue a parar a Alemania donde confía a Sancho: “allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia” (II: 54). El bando de expulsión era una orden que dictaba el rey, esa resolución era claramente injusta, puesto que afectaba a todos los moriscos, y como Ricote subraya, no todos eran iguales, pues “yo sé cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro” (II: 54). Ya

podemos extraer una primera conclusión: las sentencias pronunciadas contra una colectividad, nunca son justas.

Con mucha sensatez Cervantes, agudo observador, sugiere en su novela que el mundo está cambiando, se nota la presencia de la risa de Rabelais con su carnavalización del mundo, la filosofía de Montaigne quien duda de su conocimiento, intuimos ya el racionalismo de Descartes y los pensamientos de Pascal. La libertad de don Quijote nace de una ideología del mundo más liberal, más abierta, más tolerante y más receptiva a nuevas reformas. ¿Cómo se refleja esta libertad de expresión a un nivel de estrategias narrativas? Precisamente, en esa libertad de la narración se inaugura la primera novela moderna. Las aventuras disparatadas de don Quijote perfilan la libertad de la novela, con la que Cervantes firma el acta de nacimiento. Según el *Diccionario de la Real Academia Española*, la novela se define de manera más general como una "obra literaria narrativa de cierta extensión" y como un "género literario narrativo que, con precedente en la Antigüedad grecolatina, se desarrolla a partir de la Edad Moderna". Con *El Quijote*, la novela moderna se distingue por su carácter abierto y su capacidad para contener elementos diversos en un relato complejo. Este carácter abierto ofrece al autor una gran libertad para integrar personajes (hasta incluso personajes de la versión apócrifa), introducir historias cruzadas o subordinadas unas a otras, presentar hechos en un orden cronológico distinto a los acontecimientos en que se produjeron o incluir en el relato textos de distinta naturaleza: cartas, documentos administrativos, leyendas, poemas, canciones populares, así como representaciones teatrales. La novela moderna es el movimiento de una literatura en perpetua búsqueda de sí misma, se interroga, se cuestiona, se deconstruye, se recompone, hace de sus dudas y de su fe la materia misma de su tejido narrativo. Cuando se evoca la libertad de la novela percibimos la sombra impresionante del gran don Quijote. Género sedicioso y burgués, democrático, dotado de

un espíritu totalitario que lo lleva a romper, a quebrantar límites y fronteras, la novela es libre, hasta lo arbitrario y el último grado de la anarquía. Y, finalmente, sigue empujando hasta el paroxismo los límites de su existencia.

6 de marzo de 2015

University of Central Florida